

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez

Conferencia

XIII JORNADA DE TEOLOGÍA “REDESCUBRIR EL CAMINO DE LA FE: CONOCERLA, CELEBRARLA Y VIVIRLA”,
ORGANIZADA POR EL INSTITUTO TEOLÓGICO COMPOSTELANO 2012

La Eucaristía hace la Iglesia

5 de septiembre de 2012

1. Tres significados de la expresión “Cuerpo de Cristo”

El título de esta conferencia está tomado literalmente de un apartado del famoso libro de Henri de Lubac *Meditación sobre la Iglesia*, aparecido por primera vez en 1953. Fue inicialmente un retiro impartido a sacerdotes jóvenes, durante tres días, en el Seminario Mayor de Marsella, en 1949. Como el autor asegura, no está en conexión con las “desdichas” que padeció en tiempos de la Encíclica *Humani generis*, publicada en 1950. No es un tratado de Ecclesiology, sino un “ensayo” (cf. Henri de Lubac, *Memoria en torno a mis escritos*, Madrid 2000, pp. 163 ss.). *Meditación sobre la Iglesia* tuvo mucho éxito. La primera edición en castellano apareció en 1959, en la Editorial Desclee de Brouwer, de Bilbao. Después de unos años de haberse agotado la última edición, retomó acertadamente su publicación Ediciones Encuentro, de Madrid, en 1980. Es una obra genial, en la que convergen la dilatada tradición de la Iglesia y la actualidad, el conocimiento teológico y el sentido de Iglesia. Aunque no es un tratado de Ecclesiology, en sus páginas, además de rica ecclesiology, se aprenden actitudes genuinamente eclesiales; cómo estar, vivir, trabajar, esperar y sufrir con la Iglesia.

de un único misterio, el de la reunión de todos en el nuevo espacio vital abierto en el cuerpo de Cristo sobre la cruz» (Jean Marie Roger Tillard, *Los sacramentos de la Iglesia*, en: *Iniciación a la práctica de la Teología*, III, Madrid 1985, p. 423).

En el Concilio hay manifestaciones muy elocuentes de esta conexión tan densa y rica. *«En la fracción del pan eucarístico compartimos realmente el cuerpo del Señor, que nos eleva a la comunión con Él y entre nosotros. "Porque el pan es uno, aunque muchos, somos un solo cuerpo todos los que participamos de un mismo pan" (1Co 10,17). Así, todos somos miembros de su cuerpo (cf. 1Co 12,27) y cada uno miembros del otro (Rm 12,5)»* (*Lumen gentium*, 7). Y *Lumen gentium*, 26 cita entre otros textos venerables de la tradición: En las comunidades locales de los fieles, aunque sean pequeñas y pobres, se celebra el misterio de la Cena del Señor *«para que, por el alimento y la sangre del Señor, quede unida toda la fraternidad»* (Liturgia mozárabe). *«La participación en el cuerpo y la sangre de Cristo hace precisamente que nos convirtamos en aquello que recibimos»* (san León Magno).

Nosotros, suponiendo la conexión de los tres sentidos de la expresión "Cuerpo de Cristo" en san Pablo, vivido y pensado en la tradición de la Iglesia, y suponiendo que el enunciado de nuestra intervención "La Eucaristía hace la Iglesia" se completa con el otro correlativo "La Iglesia hace la Eucaristía", nos detenemos en la corriente que va de la Eucaristía a la Iglesia, haciéndola Cuerpo místico de Cristo, uniendo a todos los participantes con Cristo y entre sí, y convirtiéndola también en fermento de paz en el mundo.

2. La Eucaristía, sacramento de la unidad de la Iglesia

La tradición cristiana que explicita el sentido eclesial de la Eucaristía es eco de la feliz y concentrada formulación de la Primera Carta a los Corintios. Pablo exhorta a los cristianos de Corinto a no comer de las carnes sacrificadas a los ídolos, ya que *«no pueden participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios»* (1Co 10,21). Y asentando la conducta de los cristianos en sus cimientos más sólidos, escribe

do, la reforma posconciliar de la celebración de los sacramentos ha acentuado la referencia al Espíritu, con cuyo poder se realizan estas acciones salvíficas. En la memoria celebrativa, lo que era historia de Jesús ha pasado a los misterios de la Iglesia con la actuación del Espíritu Santo. En este sentido se ha atendido particularmente a las oraciones epicléticas. En la Eucaristía hay ordinariamente dos epiclesis: una sobre los dones del pan y el vino, que, con las palabras del sacerdote, obedeciendo el mandato de Jesús, y con la actuación del Espíritu Santo, se convierten en el Cuerpo y la Sangre del Señor; y otra, pidiendo a Dios que el Espíritu Santo haga de los comulgantes un solo cuerpo y un solo espíritu en Cristo.

En relación con lo que acabamos de decir, me permito hacer una referencia muy significativa. La Capilla de la Sede de la Conferencia Episcopal Española ha sido recientemente remodelada y ornamentada por Marko Ivan Rupnik con preciosos mosaicos. Un mosaico colocado sobre el altar representa al Espíritu Santo con las alas desplegadas, en acción. "Por la fuerza del Espíritu Santo" (cf. *Sacrosanctum concilium*, 6), la Iglesia actualiza el misterio pascual de Jesucristo en la Eucaristía para gloria de Dios y como fuente de amor y de esperanza para sus fieles.

La Eucaristía es el lugar de la convocación de la Iglesia desde los cuatro puntos cardinales en el Reino de Dios, en la patria definitiva. Celebrando la Eucaristía nos unimos con todos los hermanos en la fe cristiana a lo largo y ancho de la tierra. Por eso, un cristiano que vive en la concordia de la Iglesia puede y debe encontrar hospitalidad eucarística en cualquier celebración. La Eucaristía, celebrada en una asamblea concreta y en un tiempo determinado, está abierta a la catolicidad espacio-temporal de la Iglesia y a la eternidad.

He aquí algunos ejemplos de epiclesis sobre los comulgantes: «*Te pedimos humildemente que el Espíritu Santo congrege en la unidad a cuantos participamos del cuerpo y sangre de Cristo*». Esta epiclesis pertenece a la segunda plegaria eucarística del Misal romano, que reproduce fundamentalmente la plegaria contenida en el libro de la *Tradición Apostólica* de Hipólito. De la nueva plegaria de la reconciliación es la siguiente invocación: «*Concédenos tu Espíritu para que desaparezca todo obstáculo en el camino de la concordia y la Iglesia resplandezca en medio de los hombres como signo de unidad e instrumento de tu paz*».

apariencias corporales, pero encierra una gracia espiritual. Si quieres entender lo que es el cuerpo de Cristo, escucha al Apóstol lo que dice a los fieles: "Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros" (1Co 12,27). Si, pues, vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros, vuestro misterio está puesto en la mesa del Señor; recibís vuestro misterio. A lo que sois respondéis "Amén", y al responder lo ratificáis. Ya que oyes "Cuerpo de Cristo" y tú respondes "Amén", sé miembro de Cristo para que tu "Amén" sea verdadero... El mismo Apóstol escribe: Un solo pan, un solo cuerpo somos muchos (1Co 10,17). Entendedlo y regocijaos. ¡Oh unidad! ¡Oh verdad! ¡Oh piedad! ¡Oh caridad! Un solo pan. ¿Qué pan es éste? Un solo cuerpo (...) Sed lo que veis y recibid lo que sois. Esto es lo que dijo el Apóstol sobre este pan (...) Consagró en su mesa el misterio de la paz y de nuestra unidad. Quien recibe el misterio de la unidad y no mantiene el vínculo de la paz, no recibe un misterio para su bien, sino un testimonio contra sí mismo» (Sermón 272, en: Jesús Solano, Textos II, Madrid 1997, pp. 209-211).

El "Amén" de los comulgantes es un sí a Cristo y un sí a los hermanos, miembros de su cuerpo. La Iglesia se hace incesantemente cuerpo de Cristo al participar en la Eucaristía. Benedicto XVI escribió en la Encíclica *Deus Caritas est*, 14: Además de que la Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús, tiene «un carácter social, porque en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todos los demás que comulgan: "El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan" (1Co 10,17). La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que Él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán. La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia Él, y, por tanto, también hacia la unidad con todos los cristianos. Nos hacemos un "cuerpo", aunados en una única existencia. Ahora bien, el amor a Dios y al prójimo están realmente unidos: el Dios encarnado nos atrae a todos hacia sí. Se entiende, pues, que el ágape se haya convertido también en un nombre de la Eucaristía: en ella el ágape de Dios nos llega corporalmente para seguir actuando en nosotros. Solo a partir de este fundamento cristológico-sacramental se puede entender correctamente la enseñanza de Jesús sobre el amor».

Santo Tomás de Aquino, heredero de la tradición agustiniana, utilizando una terminología fijada en el siglo XII, designó como *res sacramenti* de la Eucaristía la unidad del cuerpo místico de Cristo, es decir

El Bautismo incorpora a Cristo y agrega a la Iglesia; y la Eucaristía consolida la comunión de "los santos" que prepara la consumación de la asamblea celestial. Por la Eucaristía, el acontecimiento pas-cual actúa en cada cristiano y en la comunidad eclesial. La unidad cristiana es mucho más que arte pedagógico y habilidad para controlar las relaciones psicológicas y sociales, ya que arraiga en los mis-mos fundamentos de la fe, interiorizados vitalmente con la fuerza del Espíritu Santo por los creyentes en Jesucristo.

3. La Eucaristía, fermento de solidaridad en el mundo

Pablo corrige a los fieles de Corinto porque hacen compatible indebidamente la participación en la asamblea eucarística con las rivalidades entre sí y con el desprecio de los ricos a los pobres, recordán-do-les que la Cena del Señor actualiza su entrega por nosotros, de modo que cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz anunciamos *«la muerte del Señor hasta que venga»* (cf. 1Co 11,26; St 2,1 ss.). Pablo anima, exhorta y corrige desde el corazón de la fe cristiana. ¿Cómo es posible que bebiendo de la sangre de la nueva alianza respondan los de Corinto levantando grupos enfrentados? La Eucaristía debe curar las heridas diarias infligidas a la fraternidad cordial y efectiva, y también es un aldabonazo a los cristianos para compartir necesidades y bienes. El cristianismo no hace a las personas peatones de las nubes, sino consecuentes con lo que creemos y celebramos. Es sacramento del amor entre los participantes y es impulso a la fraternidad en medio del mundo.

La celebración eucarística auténtica impulsa a las obras de caridad y al apostolado. San Justino, que nos ha transmitido la primera narración de la celebración de la Eucaristía, sin solución de continuidad, recuerda la dimensión social de la misma: *«Los que tienen y quieren, cada uno según su libre determina-ción, dan lo que bien les parece, y lo recogido se entrega al presidente y él socorre con ello a los huérfanos y viudas, a los que por enfermedad o por otra causa están necesitados, a los que están en las cárceles, a los forasteros de paso, y, en una palabra, él se constituye provisor de cuantos se hallan en necesidad»* (Apología I, 67). La colecta de bienes debe ser expresión generosa y clara de la oración común y de la participación

un fermento para que la humanidad sea una familia de hermanos y hermanas, y la globalización sea también en la solidaridad.

La Eucaristía posee una dimensión social, enraizada en su misma naturaleza. Con razón ha unido la Iglesia la Fiesta del Corpus Christi y la organización eclesial Cáritas, urgiendo a que de la misma celebración eucarística brote la generosidad del amor fraterno; y viceversa, radicando, sin ceder a ninguna clase de "secularización", el servicio caritativo y social de la Iglesia en la misma Eucaristía. La Iglesia ha mantenido las palabras originales para designar tres realidades fundamentales de su vida, a saber, Evangelio, Eucaristía y Cáritas. ¡Que las palabras contribuyan a conservar su sentido originario!

San Juan Crisóstomo relaciona con vigor y elocuencia dos palabras de Jesús: *«¿Deseas honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies, pues, cuando lo contemples desnudo en los pobres, ni lo honres aquí, en el templo, con lienzos de seda, si al salir lo abandonas en su frío y desnudez. Porque el mismo que dijo: "Esto es mi cuerpo", y con su palabra llevó a realidad lo que decía; afirmó también: "Tuve hambre, y no me disteis de comer", y más adelante: "Siempre que dejasteis de hacerlo a uno de estos pequeños, a mí en persona lo dejasteis de hacer". El templo no necesita vestidos y lienzos, sino pureza de alma; los pobres, en cambio, necesitan que con sumo cuidado nos preocupemos de ellos»* (Homilías sobre el Evangelio de san Mateo, 50, 3).

Llegamos así al término de nuestra reflexión sobre la estrecha relación entre unidad de la Iglesia y Eucaristía. Desde el principio de la historia de la Iglesia la celebración eucarística y el amor cristiano han estado íntimamente unidos, ya que la Eucaristía es el memorial de la entrega de Jesús, por amor del Padre y de los hombres, en manos de sus perseguidores. La Trinidad santa se hace fuente de la comunión que renueva sin cesar a la Iglesia como una fraternidad y como fermento de paz en medio del mundo, por la participación en la mesa del Señor. La Eucaristía es el banquete pascual que crea comensalidad entre los invitados.